

CAPÍTULO 1

Reunión Conmemorativa del Fundador de la Patria Enana

La reunión del Consejo Superior de los Enanos, iba a tener lugar como acto previo a la conmemoración del nacimiento del enano Don Juan Mariqueros, también apodado como el Ratoncito, fundador de la patria, y cuyo pensamiento había dado lugar no solo a la idiosincrasia e ideología de los enanos, sino también a toda su cultura.

Al chirrido de los dos grandes portones principales girando sobre sus goznes, siguió un grupo de doce ujieres enanos, que con gran esfuerzo abrieron las puertas de la sala capitular, para dar paso al grupo de los cinco integrantes del Consejo Superior, seguidos de un séquito, que iniciaron su andadura por el pasillo central hasta llegar al extremo opuesto, donde se iba a celebrar la reunión y se serviría el ágape. La falta de luz confería a la alargada estancia un aspecto lúgubre y triste, y el olor a humedad y a moho rancio impregnaban la atmósfera.

Apicio, conocido entre sus amigos por el Craso, y en su papel de Secretario General del Consejo Superior de Enanos, marcaba el camino por el pasillo central, con paso lento, pues sus piernas muy abiertas y arqueadas, no le permitían ir más rápido. Su gruesa cara se hundía entre sus espesos ropajes, de forma que el cuello no se

le veía, pues la grasa de sus hombros y de su espalda lo impedía. El resto de los miembros del consejo, en fila de dos caminaban detrás de él.

Les seguían algunos señores principales de la patria, portando sus mejores galas, como abrigos de color verde, unos sombreros como bombines, y sus respectivas bandoleras negras de pieles muy caras, caminando muy despacio con las piernas curvadas y con un movimiento oscilatorio de su cuerpo hacia uno y otro lado.

Situados a ambos lados del pasillo y en la parte central de dicha sala, dos grupos de cuatro escribas cada uno, traducían libros de los clásicos griegos a la floreciente lengua de la patria enana. Cada grupo compartía una vela, y cuando tenían que mover algún libro, llamaban a unos enanos forzudos y entrenados a tal efecto, para que en esa pesada labor de transporte realizada con la ayuda de una carretilla, los grandes tomos fueran trasladados de alguna parte de las estanterías a la biblioteca.

Entre los dos grupos de amanuenses, y situada en el medio del pasillo central, había una jaula, donde un gran número de aves con plumajes de llamativos colores amarillos, rojos, verdes y violetas, etc., se asían con fuerza con sus patas y con sus picos a los alambres de la misma. Se movían primero cogiendo con sus garras los alambres, y después con sus picos, para continuar de nuevo con sus patas. Era así, con estos movimientos tan lentos y predecibles como le gustaba a los enanos que las aves se moviesen. A pesar del gran número de estas, ninguna volaba. El silencio en la estancia era total, alterado tan solo por el paso de alguna página de los grandes libros de los escribas, o por el cotorreo de algún guacamayo.

Al llegar al final de la sala, y en una chimenea que sostenía una antorcha y un gran retrato del Ratoncito, ardían unos pocos rescoldos que producían algo de calor y daban olor a madera quemada. La sensación de frío se atemperaba por el gran número de mullidos cojines donde los enanos se sentarían para conversar y disertar.

El óleo de Don Juan, pintado en un oscuro lienzo, reflejaba su profunda mirada y su fortaleza, y hasta su presencia se hacía sentir, pues infundía respeto y temor. Su cara apenas se vislumbraba en el gran retrato, ubicado al fondo de la estancia y opuesto a la entrada, como queriendo indicar el camino a seguir a todos los que entraban. En el mismo destacaba el garbo con el que llevaba su bonita bandolera negra de piel de cabra, que mostraba con orgullo así como los colores del guacamayo que portaba en su hombro derecho.

Los integrantes de la comitiva, al llegar a la chimenea, hicieron una profunda reverencia ante el lienzo del gran prohombre, Juanito, para pasar después a la zona donde se iba a celebrar la reunión. Algunos se sentaron en los mullidos cojines, mientras otros se quedaron hablando de pie.

El Craso al llegar a su cojín, que identificó por unas sedas de muchos y llamativos colores que lo forraban y que el mismo había mandado traer de la China, inició la maniobra de sentarse con suma lentitud, al tiempo que ayudándose con las dos manos depositaba su gran barriga con mucho cuidado sobre la mullida alfombra, y se recolocaba su bandolera negra, haciendo equilibrios para que el guacamayo que portaba en su hombro derecho no se cayera.

Contiguo a su cojín, Sorites, alguacil del Consejo Superior de los Enanos, y apodado como el Estoico, se sentó con lentitud, cruzando sus pequeñas y arqueadas piernas, dejándose caer sobre su cojín de color negro. Ya acomodado, se caló su bandolera hacia su lado derecho para sentirse cómodo mientras su cuervo, con las plumas cortadas trataba de mantener el equilibrio moviéndose hacia adelante y hacia atrás para no caerse de su hombro.

Cuando ambos estuvieron sentados, Apicio le comentó a Sorites, lo pesado de su tarea de Secretario, para pasar a preguntarle si había probado el hígado de ganso alimentado solo con higos pasos de Corinto.

El alguacil lo miró dos veces a la cara y no le contestó. Era el más alto de los miembros del Consejo, pues media siete u ocho centímetros más, era muy delgado y debajo de su túnica negra y ceñida, que le marcaba su cintura, se lograban ver sus dos sandalias. Tenía una mandíbula muy prominente y unos pómulos muy marcados y en su hombro derecho portaba un cuervo, con un pico muy grande de color amarillo.

— ¿Por qué me miras así? Le preguntó Apicio, añadiendo que el hígado de ganso era uno los platos más exquisitos que había probado en su vida.

— Además continuó, cebar a los gansos solo con higos pasos de Corinto me ha costado una autentica fortuna.

El Craso tenía la vida resuelta y se dedicaba a comer. Había escrito varios libros de cocina, que constituían una fuente importante para conocer los platos especiales de la gastronomía de los enanos. Se había casado hacia poco tiempo y su enana ya embarazada hacia planes para casar a su enanito con la hija de un señor principal muy acaudalado. Era también conocido, por sus excentricidades y por haber dilapidado una fortuna en su afán por hacerse con los más refinados y exquisitos alimentos de todo el mundo, que se hacía traer por costosos medios, como envío de caravanas desde la India, China y algunos otros países, que después eran elaborados en complicadas recetas por grandes cocineros enanos. Su desmedido hedonismo, le había granjeado la antipatía de los estoicos, como Sorites.

Sorites no le contestó a sus comentarios gastronómicos, y giró media vuelta su cabeza para dirigirse a su otro compañero, Creratio, el Fiscal del Consejo Superior, sentado ya sobre su mullido cojín forrado de seda de llamativos colores, que el mismo había escogido, comentaba orgulloso a todos sus compañeros. Después de mirarse ambos a la cara, unos segundos, Sorites, para aliviar la tensión del momento, alabó la brillantez de las plumas irisadas de la

corneja, que portaba su compañero en el hombro derecho y acarició sus plumas, lo que provocó que el cuervo del alguacil tratara de picotear a la corneja.

— Este, para protegerla se giró y dio un paso atrás, y le respondió que todos los días, dos criadas de su servidumbre, la llevaban al río a limpiar su plumaje. Primero con polvo de las orillas y después con agua. En algunas ocasiones a las alas les ponían unos untes para hacerlas más brillantes. Estoy muy orgulloso de sus plumas continuó diciendo:

— Empleo mucho tiempo todos los días en su limpieza, expresó de nuevo, con satisfacción contemplando al ave, posada sobre su hombro.

— Hace unos días me encontré con un grupo de enanas en la calle que se quedaron extasiadas con su plumaje, le comentó al alguacil Sorites.

— ¿Y qué te dijeron? inquirió.

— Me preguntaron si el ave era chico o si era chica.

— ¿Y qué les respondiste?

— Pues que era chico.

— Después se acercaron a acariciarle con suavidad las plumas de sus alas y de su cola y querían saber si volaba.

— ¿Y qué les contestaste?, Quiso saber Sorites con curiosidad

— Les tuve que decir que no, que les había cortado las plumas de las alas.

— Me preguntaron qué porque había hecho eso, y les respondí que en el cielo había pajarracos muy peligrosos que podían hacerle daño.

— Las enanas simularon comprender y de nuevo deseaban saber si lo había hecho para protegerlo.

— A lo que él les contestó que sí.

— Al oír la respuesta, una de ellas se echó a llorar, y las otras miraron con tristeza a la corneja, y se dirigieron aterrorizadas con la cabeza baja y en silencio, a esconderse hacia el bosque.